

La egregia figura de Carlos de Yuste

(LAS POSTRIMERÍAS DE SU VIDA Y SU MUERTE EJEMPLAR)

«Deseo retirarme entre vosotros a acabar la vida; y por eso querría que me labráceades unos aposentos en San Gerónimo de Yuste, y por lo que fuere menester acudiréis al Secretario Juan Vazquez de Molina, que él procurará dinero, para lo cual os embio el modelo de la obra...»

Palabras del César a los Jerónimos de Yuste.

UNA FIGURA GIGANTE

Carlos I de España y V de Alemania, es una de las figuras gigantes de la Humanidad. Su increíble actividad se enderezó —como afirma el docto profesor y académico Pérez Bustamante— a la lucha contra los turcos, cuyos progresos detuvo; a impedir el resurgimiento de Francia y a procurar el triunfo del catolicismo amenazado por la Reforma en Alemania. Si no logró totalmente estos objetivos, no se le puede negar una preocupación constante, una laboriosidad y unas dotes políticas y militares de primer orden (1).

EL JARDÍN DE LA VERA

El cansancio producido como consecuencia del continuo trajar por Europa y los mares—no conoció «lindes ni hitos en la

(1) C. Pérez Bustamante: *Resumen de Historia Universal*. Edades Moderna y Contemporánea. Ediciones Atlas. Madrid, 1956. Pág. 51.

geografía de las tierras y de los mares»—y el avance de una terrible enfermedad que comenzó a minar su organismo en la juventud, movieron al Emperador a refugiarse en los muros venerables del Monasterio de Yuste, enclavado en el jardín de La Vera, que cantara el clásico Gabriel Azedo de la Berrueza, en un paraje «donde la Naturaleza—como escribió en bella crónica Adolfo Maílló—ha concitado sus encantos, ofreciendo al ánimo amplios panoramas bellísimos, sensación incomparable de atalaya, luz pura de cumbre, y al par impresión de anonadamiento y poquedad ante la altura ingente de la sierra brava, que parece querernos anular con su titánica pesadumbre» (2).

Carlos de Habsburgo—de quien el Dr. Mota, obispo de Badajoz, dijera en 1520, en las Cortes de La Coruña, acerca del significado del Imperio, que «no es un Rey como los demás, él sólo en la tierra es Rey de reyes», ya que recibió el Imperio de Dios—, eligió el retiro de Yuste para «acabar su vida», pensando constantemente en el fin del hombre, es decir, preparando su alma para entregarla a Dios, el Supremo Juez. Con razón pudo escribir en inspirados versos el fino estro de Marcos Rafael Blanco Belmonte:

Hubo aquí un alma indomada,
mezcla de sombras y luz,
que de las luchas cansada,
dejó a las puertas la espada,
para convertirla en cruz.

EL REY-EMPERADOR, ABDICADOR INSIGNE

Evoquemos el trascendental paso de renuncia dado en la capital de Bravante, la impresionante ceremonia de la abdicación en el palacio de Bruselas, en la que pronunció aquellas palabras de despedida: «Quedaos a Dios, hijos, que en el alma os llevo. Quedaos a Dios», diciendo que su incapacidad era la única causa de su retiro; que se le había servido fielmente y esperaba que lo mismo se hiciera con su hijo, que desgraciadamente no podía regalar al mundo la paz por la que había luchado;

(2) Adolfo Maílló: «Crónicas extremeñas. El Monasterio de Yuste». *El Imparcial*. Madrid,

que si alguno de los allí presentes había sufrido alguna injusticia suya, que le perdonara, pues no había habido intención en ello.

También es oportuno recordar las palabras que el Caudillo de cuarenta campañas—el número de años que se habían cumplido desde que su abuelo el emperador Maximiliano le declarara mayor de edad—dirigía a su hijo, presente en la ceremonia con sus tías Leonor, reina viuda de Francia; la reina María de Hungría, el duque Filiberto de Saboya y Guillermo de Orange: «Honra constantemente a la religión; afirma la pureza de la fe católica; guarda las leyes de estas provincias santas e invulnerables; y si en el ocaso de tu vida deseas como yo un retiro, que Dios te depare un hijo a quien puedas entregar el cetro con la misma alegría que yo en ti lo hago».

Después de la abdicación (3), el Rey-Emperador anhelaba

(3) El ilustre académico francés Abel Bonnard en un admirable artículo califica al Emperador de abdicador insigne: «Lo que fija nuestro interés en una vida tal es que parece dibujar el curso de una experiencia humana completa. Llegar a lo que se llama el poder supremo, aunque, en mi sentir, el poder supremo no exista jamás; entregarse al trabajo sin renunciar a los placeres amar a la gloria sin separarse de la prudencia, conservar una fe religiosa siempre igual y constante, dejar, en fin, el poder para volver a sí antes de morir, he ahí un destino en el que parecen ejercerse todas las facultades del hombre. Es, sobre todo, la última etapa de Carlos V la que me atrae a él. Pocos de los que han poseído el poder han sido capaces de realizarla. Si busca otros ejemplos de abdicación libre y voluntaria, veo primero el de Sila; ese Sila, de tez clara, de cabellos de un rubio ardiente, es uno de los personajes más arrogantes de la Historia. Después de haber ejercido el poder en toda su crudeza y su crueldad, no sin haber mezclado a sus rigores fantasías de odios que había suscitado, dejar insolentemente toda autoridad y acabar llevando en una de sus fincas, cerca de Nápoles, una vida fastuosa y voluptuosa de gran señor. Otra abdicación insigne es la de Diocleciano, que luego de haber dividido la autoridad imperial entre cuatro individuos, conservó bastante ascendente sobre aquellos a quienes había elevado a su altura, para concluir tranquilamente sus días en su palacio de Spalato, que nunca he visto sin recibir una impresión de majestad. La abdicación de Carlos V fué la tercera que yo recuerdo parecida a ese gran modelo, y sin duda olvido otras, pero de un orden secundario. A veces he imaginado el epílogo que Napoleón hubiera añadido a su vida, si en la isla de Elba, convertido en una especie de Emperador honorario, con todas las prerrogativas de ese título, y sin las preocupaciones correspondientes, hubiera hecho voluntariamente lo que hizo por la fuerza y bastante mal en Santa Elena, pasearse por encima de su vida pasada, para ejercer su espíritu en su

regresar a España; embarcó en Flesinga el día 17 de septiembre de 1556, llegando once días después al puerto de Laredo (Santander) (4), desde donde emprendió viaje—lento viaje—a Burgos, Valladolid, Barco de Avila y Jarandilla, a la que arribó el día 12 de noviembre del año citado.

JARANDILLA: EL CASTILLO DE LOS CONDES
DE OROPESA, ANTESALA DE YUSTE

La romana *Municipium Flavium Vivertorum*, la árabe *Xarandilla*, la villa de Jarandilla—cabecera del partido judicial de su nombre—hállase en la parte nordeste de la provincia alto-extremeña, en la falda de una sierra de La Vera, estribación de Gredos. Levantada en un paraje donde hubo un poblado romano, fué fundada por el rey Alfonso VIII a principios de la Reconquista en esta zona con el nombre de *Jarandiella*. Perteneció a la Muy Noble, Muy Leal y Muy Benéfica Ciudad de Plasencia hasta mediado el siglo xiv, que fué donada en señorío por Enrique II a D. García Alvarez de Toledo, maestre de Santiago, a cambio de la renuncia del Maestrazgo por deseos del Monarca. El sucesor de éste, su homónimo García Alvarez de Toledo—que extrañado voluntariamente de Plasencia se fué a residir a Jarandilla—edificó a fines del siglo xv el castillo de la histórica pobla-

propia aventura. Pero habría sido pedirle demasiado: no porque él no fuera capaz de elevarse hasta el plano de los más fuertes y los más libres pensamientos, al contrario; era solamente incapaz de permanecer en ellos. Nacido para la acción, le era necesario siempre volver a ella. Ya no sé quién—quizá el cardenal de Retz en sus *Memorias*—escribió que una vida es bella cuando comienza por el amor y acaba por la ambición. No es completamente mi opinión. Comenzar por la ambición se concibe. Pero acabar por ella, permanecer atraído por sus groseras seducciones, como lo han hecho tantos políticos de Europa, que a los ochenta años han vivido enfangados en las mismas intrigas que a los treinta, es mostrarse indigno de la vejez, que debe separarnos de todas las pequeñeces antes de nuestra muerte. Sería necesario distinguir bien entre casos diferentes en cuestiones tan delicadas. Pero en Yuste no pensaba en ello.» Artículo «Yuste», aparecido en el diario *Madrid*.

(4) Aquí D. Carlos, ante la admiración de su séquito, cogió un puñado de arena, se lo llevó a los labios y dijo, dirigiéndose a sus acompañantes: «Desnudo vuelvo al seno de la común madre.»

ción. El señorío de Jarandilla se trocó en marquesado en 1599 por concesión del rey Carlos II.

«El castillo de Jarandilla—escribe el admirable cronista e historiador Angel Dotor—es uno de los mejores de la provincia, arquetipo de tipo nobiliario y señorial. Ofrece singular emplazamiento, en una eminencia del terreno, al lado oriental de la villa, lo que, unido a sus grandes proporciones y a la buena conservación en que se encuentra, hace que descuelle airoso, atrayendo la atención de quien a él se aproxima. Es de planta rectangular, con dos recintos. Del exterior sólo se conserva reducida parte, suficiente, empero, para advertir que tenía torres cilíndricas en los ángulos. El segundo cuerpo e interior, todo él de mampostería, se conserva íntegro, si bien restaurado ya dentro del presente siglo, en que quedó adaptado para residencia particular por el arquitecto Sr. Lorite. Compónese de tres crujías y una muralla por el lado oriental, donde se halla la puerta, que cierran el rectángulo del patio. Tiene cuatro torres, dos cilíndricas en los ángulos noroeste y suroeste, y otras dos cuadradas a los otros extremos, todas ellas, así como la muralla occidental, coronadas con doble hilera de canecillos de cantería. El patio, muy espacioso, tiene al lado que mira a occidente una galería de dos pisos en el interior con cuatro arcos escarzanos, y en el superior carpaneles, ambos sobre pilares octógonos» (5). El castillo tiene profusión de azulejos, muchos blasonados con los escaques de los Toledos y las cinco hojas de higuera de los Figueroa. El blasón de la Casa de Oropesa puede contemplarse sobre la puerta de la fortaleza.

Esta señorial mansión—antesala del palacio conventual de Yuste—del Conde de Oropesa y duques de Alba y Frías, que, como antes se dice, está en la actualidad en buen estado de conservación y que debiera ser declarada monumento nacional, sirvió de digno albergue a Carlos V desde el 12 de noviembre de 1556—la fecha antes indicada—hasta el 3 de febrero de 1557.

Juzgamos de interés evocar las intrigas de los cortesanos del César por sus horrores ante el destierro que les esperaba, por lo

(5) Angel Dotor: *Cáceres y su provincia*. Otros castillos y fortalezas de la provincia. Jarandilla. *Revista Geográfica Española*. Madrid, 1956. Pág. 142.

que se propusieron que dejase su proyecto de terminar sus días en las soledades de Yuste, hasta el extremo de conseguir que la Reina de Hungría, hermana de D. Carlos, se sumase al proyecto de los servidores imperiales para disuadirle de lo que estimaban una locura.

Refiere el famoso historiador Lafuente que otra noticia vino a indignar más a los palaciegos: «La de que los monjes habían cuidado bien de hacer viviendas al Norte y defendidas del calor por la Iglesia, mientras que la morada del Emperador y sus sirvientes se había hecho al Mediodía y tenía que ser insufrible en la estación del estío» (6).

En vista de estos informes y comentarios, el 23 de noviembre el ínclito hombre de Estado—que estaba ya impaciente por su traslado—va en persona a Yuste para inspeccionar las obras, que dirigió el Padre Villacastín, en las que se invirtieron dos años y nueve meses y que importaron 3.000 ducados—para enterarse de cuanto hubiese de verdad en lo propalado.

A la alegría de los descontentos ante la decisión del Soberano—seguimos en el relato al investigador cacereño Publio Hurtado—(7) sucedió la más tremenda decepción cuando el Rey regresó al castillo de los marqueses de Jarandilla y manifestó «que le había parecido todo bien y mucho mejor que se le pintaban; que en todos los puntos de España hacía calor en el verano y frío en el invierno, y que no desistía de su propósito de vivir en Yuste, aunque se juntase el cielo con la tierra».

La irrevocable resolución del vencedor de Mülberg produjo enorme consternación en los próceres e hidalgos. La escasez de artículos de subsistencias y de dinero para adquirirlas y pagar a la servidumbre, debido a las pésimas comunicaciones con las demás provincias, retrasaban considerablemente su llegada. Lo cierto es que poco faltó para que la mayor parte de los servidores abandonaran al Emperador. Pero llegado el dinero que había pedido a Sevilla, el egregio personaje pagó y despidió a los más

(6) Modesto Lafuente: Parte 3.^a Libro I. Capítulo 32. *Historia General de España*.

(7) Publio Hurtado: *Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres*. Cáceres, 1927. Tip. La Minerva. Pág. 157.

impacientes: nada menos que noventa y nueve alabarderos flamencos y noventa y ocho personas más entre amos y criados.

Fiel a su deseo, el Rey-Emperador continuó en Jarandilla—solicítamente atendido por el Conde de Oropesa—mientras los operarios—alarifes, carpinteros y artífices—concluían las obras para su último recogimiento.

Cabe los ciclópeos muros del castillo, el César recibió a las más elevadas figuras de su tiempo. Las calles de Jarandilla—en las que pueden admirarse bellos hierros y escudos del siglo xvi—presenciaron el paso altivo de los flamencos que formaban parte del séquito de Carlos V. También las bodegas jarandillanas—entre las que hay que mencionar las de Pedro de la Berrueza—conocieron de los honores que se dispensaron a los vinos nacionales.

He aquí una ligera explicación del por qué el castillo de los marqueses de Jarandilla acogió durante casi cuatro meses a Carlos de Gante.

EL MONASTERIO DE YUSTE,

RESIDENCIA DEL MÁS GRANDE SOBERANO

A hombros de fornidos extremeños, el esclarecido nieto de los Reyes Católicos entró en Yuste a las cinco de la tarde del día 3 de febrero de 1557, en medio de un repique de campanas, ante el natural asombro de las rústicas gentes, y, en el Monasterio, en litera transportada por el mayordomo D. Luis de Quijada y el Conde de Oropesa, D. Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, entonándose un Tedéum por el prior de la Comunidad Jerónima, Fray Martín de Angulo.

El Monasterio de Yuste—fundado en el siglo xv y ampliado en el xvi por el noble últimamente citado, que fué levantado sobre la ermita y casa que en la falda de la sierra de Tormantos labraron los eremitas Pedro Brañas y Domingo Castellanos, «los hermanos de la pobre vida» (8), en 1402—presenció el portentoso declinar del César.

(8) José Blázquez Marcos: *Por la vieja Extremadura*. Yuste. El Monasterio. Tip. *Extremadura*. Cáceres, 1929. Pág. 132.

La residencia del más grande monarca de las Españas ha sido estudiada ampliamente por el profesor Martín González en su trabajo *El Palacio de Carlos V en Yuste*. Pero nadie con más autoridad que Fr. José de Sigüenza, de la orden jerónima, para describirlo. «Está plantado al medio—escribe el autor de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*—en respeto de la Iglesia que le haze espaldas al Norte y a la parte de la huerta, donde se descubre una larga y hermosa vista. Lo principal de toda la fábrica son ocho pieças, o quadras de a veynte pies poco más o menos de ancho y veynte y cinco en largo. Las cuatro pieças están a la huella y casi al mismo andar del claustro baxo y las otras quatro responden puntualmente de baxo dellas, porque como la casa está levantada en la ladera de una cuesta muy alta, el edificio va cayendo como por sus poyos. Estas quatro pieças ansi altas como baxas, las dividen dos tránsitos o callejones que van de Oriente a Poniente: el alto sale a una plaça con un colgadizo grande al Poniente, adornado de muchas flores y diversidad de naranjos, cidros, limones y una fuente bien labrada. El baxo a la huerta y a lo que cae de baxo de esta plaça o colgadizo que se substenta sobre columnas de piedra y pilares de ladrillo. Las pieças tienen sus chimeneas en buena proporción puestas, y sin esto una estufa a la parte de Oriente donde también ay otro jardin y fuente, de mucha variedad de flores y plantas singulares buscadas con cuidado. Escaleras para subir al Coro y baxar a los aposentos, bien traçada: y al fin rodeado de naranjos y cidros, que se lançan por las mismas ventanas de las quadras, alegrándolo con olor, color y verdura. Esta es la celda de aquel gran monarca Carlos Quinto, para religioso harto espaciosa, para quien tanto abarca pequeña» (9).

El Monarca tenía a sus servicios a D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía, como mayordomo; Martín de Gaztel, Mathys, médico, y varios cortesanos, lectores, ayudantes, etc. Su confesor era el monje jerónimo Fr. Juan de Regla, con quien gustaba conversar de materia religiosa.

El famoso pintor italiano Tiziano (Tiziano Vecello, el primer colorista de Europa y máximo representante de la escuela vene-

(9) Fray José de Sigüenza: *Historia de la Orden de San Jerónimo*.

ciana) estaba un día en la cámara regia consagrado a hacer un retrato al Emperador. De pronto se le cayó en la alfombra un pincel. Carlos V lo cogió. El glorioso artista presentó sus excusas al Soberano, que contestó:

—«Tiziano merece ser servido por el César.»

Rodeado de retratos familiares, tapices flamencos, magníficos lienzos del Tiziano y relojes de Juanelo, que le entretenían sobremanera, en Yuste Carlos V se prepara para el eterno viaje, para comparecer ante el Tribunal de Dios, preocupándose intensamente del Más Allá. Reposa, lee, medita, pasea, otea el maravilloso paisaje y también ocupan ligeramente su atención los asuntos de Gobierno.

En las soledades de Yuste Carlos I recibió reyes, príncipes, obispos, religiosos, embajadores de distintos países—tales las reinas de Hungría y Francia, la infanta D.^a María y el rey don Sebastián de Portugal, al príncipe de Eboli, a los jerifaltes y muchas personalidades de relieve de las letras y de la santidad, entre éstos al primero a quien comunicó su deseo de apartarse a un convento, su íntimo amigo el Duque de Gandía—después San Francisco de Borja—y al extremeño Fr. Pedro de Alcántara—también elevado a los altares posteriormente—, de quien dijo «que no era hombre de este mundo».

El solitario de Yuste amaba mucho la lectura. Entre sus autores preferidos figuraban Boecio, Castilglione, Fr. Pedro de Alcántara, San Agustín, César, Oliver de la Marche, Tucídides, Comines y Guicciardini. Pueden citarse como libros predilectos del excelso gobernante *El caballero determinado*—del nombrado Oliver de la Marche y que puso en romance Hernando de Acuña—y los *Comentarios* de César. *El cortesano*, de Baltasar Castilglione, fué durante toda su vida su texto de urbanidad y cortesía.

La admiración del Emperador por Guicciardini le hizo exclamar a los magnates cuando se lo criticaban: «En un abrir y cerrar de ojos puedo hacer cien grandes como vosotros; pero sólo Dios puede hacer un Guicciardini.»

En Yuste el Emperador hubo de continuar asistiendo con su valioso, experimentadísimo consejo a sus hijos y sosteniendo correspondencia con su secretario Juan Vázquez de Molina, en aras al mejor mando de sus numerosos estados.

CUACOS: LA INCIPIENTE MOCEDAD DE JEROMÍN

Próximo a Yuste está Cuacos. La pintoresca villa de Cuacos —en un lugar lleno de encanto— es famosa en la historia por estar íntimamente unida a las postrimerías de Carlos V y a la incipiente mocedad de su bastardo el pajecillo Jeromín, que, con sus sonrisas, alegró los últimos momentos del solitario de Yuste. Todo en el poético pueblo de Cuacos recuerda el paso de los egregios personajes. Apenas se penetra en sus calles éstas anuncian que allí vivió Jeromín, «espigado, alegre, gallardo, que tiene el color flamenco y la desenvoltura española» en el retrato que del mismo hace el maestro Francisco de Cossío (10).

Pero evoquemos un poco el pasado para centrar adecuadamente la figura en la geografía alto-extremeña y concretamente en la localidad citada.

Don Juan de Austria, el futuro héroe de Lepanto, era hijo natural del César y de la hermosa alemana Bárbara de Blanbergh, de Ratisbona, que luego contrajo nupcias con Jerónimo Piramo Kegell, comisario del Ejército Imperial. Jeromín nació en Ratisbona el 24 de febrero de 1547, día de San Matías.

En un documento reservado, con sobreescrito de la mano del propio Emperador Carlos I de España y V de Alemania, Rey de los romanos, se lee lo siguiente: «Declaro que por cuanto estando yo en Alemania, después que enviudé tuve un hijo natural de una mujer soltera, al cual se llama Jerónimo, mando que se le dé de renta... en cada año de veinte a treinta mil ducados en el reino de Nápoles, señalándole lugares y vasallos con la dicha renta.»

El Emperador puso a su benjamín al cuidado de su fiel mayordomo D. Luis Quijada, señor de Villagarcía de Campos, caballero sin mácula, íntegro, de una seriedad, circunspección y rectitud que le hacían acreedor a la confianza imperial.

Jeromín permaneció en la hermosa residencia de Villagarcía de Campos solícita, amorosamente atendido por D.^a Magdalena

(10) Francisco de Cossío: *Carlos V. Biografía* publicada por la revista literaria *Novelas y Cuentos*, núm. 1.327, correspondiente al domingo 14 de octubre de 1956. Pág. 60.

de Ulloa, la gentil y bella esposa de D. Luis Quijada, que encarnaba las virtudes de la nobleza del siglo xvi. La distinguida dama atendió con el mayor esmero la exquisita educación de Jeromín, cuya existencia se deslizó plácidamente en el castillo de Villagarcía.

El día 25 de octubre de 1555 cede el Emperador los Estados de Flandes a su hijo Felipe y el 16 de enero del año siguiente abdica el resto de los reinos para retirarse al Monasterio de los Jerónimos en Yuste, según consta ya en este trabajo.

Ante esta decisión del Rey-Emperador, D. Luis Quijada proyectaba retirarse a descansar también en sus posesiones, viéndose agradablemente sorprendido por la llamada de Carlos V para que se incorporase a Yuste y con él D.^a Magdalena y Jeromín, quienes habitaron en Cuacos.

La casa en que moraron en la riente villa aún se conserva, si bien fué reformada en 1597. Conforme se penetra en el inmueble, a mano derecha, se pasa a la habitación que, según la tradición, ocupó Jeromín. La puerta consta de 365 piezas y representa la Cruz de Caravaca. La habitación tiene una puerta secreta en un rincón por la que se iba a un pasadizo que conducía a la parte interior de la casa. Actualmente habita esta morada una anciana que profesa gran cariño a la reliquia histórica, que muestra al visitante con singular satisfacción y que ha renunciado a no despreciables ingresos que le fueron ofrecidos por los recuerdos que vigila, principalmente la puerta reseñada, hasta el punto de haberle brindado 1.000 pesetas por cada clavo de la misma y con ufanía renunció a las cantidades.

Cuacos no tiene sólo este preciado monumento. La calle de Carlos V conduce a la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, edificada sobre el Monasterio de Yuste. Entre éstos son dignos de resaltar cuatro altares barrocos y churriguerescos que hacen juego dos a dos, que pertenecieron a cuatro nichos vacíos de la iglesia de Yuste; las magníficas imágenes de San Jerónimo—que el profesor Hernández Díaz atribuye a Montañés—, Santa Catalina y la Purísima Concepción.

Notables son también el facistol y manifestador, obra barroca, y el órgano del Emperador, con tubería del siglo xvi, reformada en el xviii, de agradable sonoridad.

Lo más importante de cuanto exhibe la parroquia de Santa María de la Asunción—en el orden a que nos referimos—es el coro, aunque en parte esté ruinoso. Esta bellísima sillería pertenece al taller del maestro Rodrigo Alemán, autor también de las sillerías de las Catedrales de las ciudades de los concilios y del Jerte, Toledo y Plasencia, respectivamente. La sillería en cuestión se hizo en el año 1500 a expensas de D. Fernando Alvarez de Toledo, conde de Oropesa, amigo y servidor del César. La sillería en sus dos cuerpos—coro alto y bajo—puede admirarse, en parte, en la iglesia de Cuacos con más variados motivos de la fauna—elefantes, toros, pájaros, grifos—, varios taurinos que gustaba poner al inspirado artista alemán y el águila bicéfala. Gusta sobremanera la silla del Abad. ¡Lástima que no se conserve esta sillería en el estado a que por su valía es acreedora!

No podemos omitir lo que encierra la sacristía de Cuacos. En el armario empotrado en la pared—depositario de los ornamentos sagrados para el culto—se guarda parte de las casullas y capas del Monasterio, cabiendo citar el terno de difuntos con el que fueron cantados los funerales por el eterno descanso del alma de la espada victoriosa en tantos combates y que, excepcionalmente, se usa ahora. El famoso terno—con los motivos de la Pasión—lo labró en seda y oro un fraile de Yuste.

Después de cuanto ya hemos anotado, se nos vienen a la memoria las ajustadas palabras del ilustre periodista Manuel Lucena: «Yuste no está en Yuste». Porque los tesoros de Yuste hállanse desperdigados en Cuacos, Garganta la Olla, Casatejada y otros pueblos aledaños.

El pueblo de Cuacos tiene gran tipismo. Sus calles, sus casas antiguas, su Casa Rectoral—con balcón en esquina—, los hierros de forja popular y la Fuente de los Chorros, del siglo xv, con la hermosa plaza—de espaciosos soportales—, una de las más típicas de la comarca natural de La Vera, con tres columnas procedentes del Monasterio de Yuste y sobre todo el canto delicioso y permanente del agua, que llama poderosamente la atención y recrea el ánimo, máxime en la época estival.

En este paisaje idílico y por este ruralismo de ensueño transcurrió la infancia de Jeromín, y cercana a Yuste una cruz de piedra, un humilladero recuerda—seguimos la leyenda local—el

desafío de D. Juan de Austria con el capitán Barrientos, servidor del séquito del Emperador.

No quedaría completo este ensayo si en él no incluyésemos las visitas de D.^a Magdalena de Ulloa—siempre acompañada de su acogido Jeromín—a Yuste.

Apenas habían llegado a Cuacos D.^a Magdalena y Jeromín, cuando el Emperador manifestó su deseo de conocer a la esposa de su mayor Jomo, invitándola a que fuera al retiro imperial en unión del niño que tenía bajo su custodia. La visita se realizó enseguida. Lo mismo D.^a Magdalena que Jeromín no podían ocultar su emoción al presentarse ante el ínclito Soberano, que tampoco era capaz de evitar idéntica manifestación al ver por primera vez al fruto de su amor con la alemana.

«Don Carlos—escribe Flores de Casanova, biógrafo de don Juan de Austria—miraba al hijo adorado convertido en bellísimo pajecillo, respetuoso y tímido y a duras penas podía contenerse de cogerle y estrecharle contra su corazón, pero si quería continuar guardando el secreto tenía que conformarse con saborearle con la mirada y darle a besar su mano y pasarla por los rubios cabellos del niño, única caricia que se permitía prodigar al hijo de su amor. Durante todo el tiempo que permaneció Jeromín en Cuacos, muchas veces se vieron padre e hijo, pero invariablemente con el mismo ceremonial de la primera entrevista» (11).

La presencia de Jeromín en Yuste—acudía con frecuencia a las misas y otros actos religiosos, colocándose por vehemente anhelo del poderoso Monarca próximo a éste—sirvió para poner una nota de alegría en el César, que—abatido ya por la enfermedad—su preciada existencia se iba extinguiendo poco a poco.

LOS FUNERALES EN VIDA

Mucha difusión alcanzó la resolución que se asigna a Carlos V sobre la celebración de sus funerales en vida, no faltando historiadores que refieran minuciosamente que ordenó construir

(11) Pedro Flores de Casanova: *Don Juan de Austria*. Volumen XXII de la colección de biografías «Hijos ilustres de España». Plasencia. Ed. S. Rodrigo. 1955. Págs. 27 y 28.

un catafalco en la iglesia, concurriendo los criados en impresionante cortejo funerario con cirios negros y seguidamente él en mortaja, tendido en un féretro, cantándose los oficios de difuntos hasta que acompañaban con su voz a los que oraban por el descanso de su alma, así como que al salir del ataúd se sintió sobrecogido, de lo cual le sobrevino una fiebre que terminó con su cuerpo debilitado.

Veamos cómo aborda este hecho el investigador cacereño Domingo Sánchez Loro, que viene consagrado a estudiar la figura de Carlos V como uno de los más entusiastas carolófilos:

«El emperador ha dejado su cetro y corona. Ha de trocar los cuidados de gobierno por las menudencias de la vida pueblerina. Le hacen saber los infinitos chismes, curiosas anécdotas, extraños sucesos, que años y años van de lengua en oreja por las aldeas y lugares de la comarca. También le cuentan la manera impresionante, fervorosa, humilde, penitente, en que don Diego de Jérez encomendó su ánima. (Era don Diego de Jérez protonotario y deán placentino; mandó en su testamento (1509) que, antes de morir, le hicieran los oficios por su ánima, para lo cual —dice— «yo sea quitado de la cama donde estuviere y puesto en el suelo sobre ceniza y polvo, o lo más sobre algunas pajas, y que allí esté hasta que fallezca y mi ánima se aparte de mi cuerpo»; todo ello, cosa nueva, nueva, no acostumbrada, «si pudiera ser»... «Lo cual, platicado con letrados, ansi teólogos como juristas—dice don Francisco de Soria, regidor de Plasencia y albacea de don Diego—, me aconsejaron que ninguna cosa de aquello que el dicho señor protonotario ordenó y dispuso, mudase ni alterase»). Al César también le impresiona la agonía de don Diego. Empieza a meditar en ella dentro de su corazón. El día 3 de febrero de 1557, llega don Carlos a Yuste. Trae pocos criados, que los licenció en Jarandilla... Más de un año lleva el imperial novicio aderezando la profesión del cielo. Sus ayes y dolencias le tienen muy acabado. Corren los últimos días de agosto de 1558. Don Carlos no olvida lo que hizo don Diego. Nota en su dolencia que está próxima la partida del mundo, que su ánima saldrá pronto de la vaina o funda del cuerpo en que moraba. Don Carlos anda pensativo...

—¿Sabes, Nicolás—pregunta a su barbero—lo que estoy

pensando? Que tengo ahorradas 2.000 coronas y quisiera hacer mis honras con ellas.

—No cure vuestra majestad de eso; que si muriere, nosotros le haremos las honras.

—¡Oh, cómo eres necio! ¿Igual es llevar el hombre la candela delante que detrás?

Don Carlos se reconcentra, se preocupa. ¿Por qué no hacer él igual que hiciera don Diego? Llamó a su confesor y le dijo:

—Fray Juan, querría hacer las obsequias de mis padres y de la emperatriz.

—Pensamiento es digno de vuestra majestad—respondió—. Sea cuando fuere servido.

—Pues sea luego y desde mañana, lunes, se comiencen.

Acabadas estas memorias, tornó a llamar a su confesor y le dijo:

—¿No os parece, Fr. Juan, que pues he hecho las de mis padres, que también haga las mías y que vea yo lo que tan presto ha de pasar por mí?

Enternecióse Fr. Juan, vinieron lágrimas a sus ojos y respondió, emocionado:

—Viva vuestra majestad muchos años, plegue a Dios. No quiera agora anunciarnos su muerte, que los que acá quedáremos, como el Señor fuere servido, pagaremos esa deuda y haremos lo que somos obligados.

—¿No os parece—insiste D. Carlos—que es cosa que me aprovechará?

Fray Juan de Regla es buen teólogo y por ello le escogieron para confesor del César. Ha estudiado la opinión de los que autorizaron la última voluntad de D. Diego. Plasencia está cercana y no hace tantos años que finó el protonotario. Responde, convencido:

—Sí, señor, y mucho: que las obras pías que uno hace en vida, de mayor mérito y satisfacción son que las que se hacen por él después de muerto. Y pluguiese a Dios que todos hiciesen otro tanto yuviésemos tan buen sentimiento.

—Pues aparéjese todo para la tarde y comiencese luego—ordenó el Emperador.

«Fué un espectáculo—escribe Fr. José de Sigüenza—que

causó en todos los presentes infinidad de lágrimas y suspiros; y no pudieran llorarle tanto cuando de hecho le vieron muerto, porque puede a veces más la aprehensión del daño y mal que se representa, que la misma presencia y sufrimiento. ¡Y eso que no mandó poner su cuerpo agonizante sobre ceniza o polvo, o a lo más sobre unas pajas, como hizo don Diego!» (12).

MUERTE EJEMPLAR DE CARLOS DE YUSTE

Muy enfermo el ínclito gobernante, la gota que minaba su organismo extenuado le agravó de tal modo que de nada sirvió la ciencia del doctor Cornelle Baersdorp. Los campesinos de Cuacos hacían rogativas en su parroquia por la salud del enfermo. Al sentirse mal y viendo que se iba a acercar el momento de comparecer ante Dios, mandó y dijo:

—«Que traigan a mi presencia los cuadros de la Oración del Huerto y el Juicio Final del Tiziano para que a su vista me prepare a bien morir.»

Una vez recibido el Santo Viático, exclamó:

—«Me siento bien.»

A esto contestó su confesor, Fr. Juan de Regla:

—«Podéis estarlo; V. M. debe alegrarse cuando con tantas demostraciones de predilección le llama el Cielo.»

El 20 de septiembre el Rey-Emperador entró en agonía. (Doña Magdalena de Ulloa vela el dulce sueño de Jeromín y al despertar éste intranquilo—oyéndose ya el fúnebre tañido de las campanas de Yuste que comunicaban la triste nueva de la muerte del conquistador de La Goleta y Túnez y libertador de 20.000 cristianos—le acaricia con su dulzura habitual, al propio tiempo que le dice: «Rezad, hijo, rezad.»)

El día 21 de septiembre de 1558, y cuando contaba cincuenta y ocho años de edad, en el jardín de Extremadura, que perfumó sus últimos hálitos, falleció el invicto Caudillo. Pero mejor lo relata el P. Sigüenza:

(12) Domingo Sánchez Loro: «Yuste y el Emperador». Trabajo que forma parte del libro *Jornadas literarias por la Alta Extremadura*. Cáceres, mayo, 1955. Páginas 21 y 22.

«Diziendo Jesús a la tercera salió aquella alma tan pía y tan cathólica del cuerpo a las dos y poco más de la noche, miércoles, día de San Matheo, año de mil quinientos cincuenta y ocho, aviendo estado dos años menos quinze días aparejándose para este punto, retirado del mundo, renunciado los estados y todo género de negocios terrenos, tratando sólo los de su alma.»

A la entrada de la casa del Emperador una inscripción colocada debajo del escudo real recuerda la fecha del mal y del fallecimiento:

«Su Mag^a. El Emper^o. D. Carlos Quinto Nro. señor en estelugar estaura alentado Quando le dio el mal a los treintay uno de Agosto alas quatro de latarde=Fallecio a losveinteyvno de Setiembre alas dosymedia de lamaanana: Año del S^o de 1558.»

Don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, el gran polígrafo y poeta, el escritor español de tan varias aptitudes, acertó a sintetizar en un soneto la existencia del Emperador:

«Las selvas hizo navegar, y el viento
el cáñamo en sus velas respetaba,
cuando cortés su anhélito tasaba
con la necesidad de movimiento.
Dilató su victoria el vencimiento
por las riberas que el Danubio lava;
cayó Africa ardiente, gimió esclava
la falsa religión en fin sangriento.
Vió Roma en el desorden de su gente,
si no piadosa, ardiente valentía,
y de España el rumor sosegó ausente.
Retiró a Solimán, terror de Hungría,
y por ser retirada más valiente,
se retiró asimismo el postrer día.»

Tres días duraron las solemnísimas honras fúnebres en Yuste por el eterno descanso del alma del imperial finado, «el más principal hombre que ha habido ni habrá», según su mayordomo. Los funerales los presidió D. Luis Quijada y a su lado permaneció los tres días Jeromín. Un fraile anónimo que presencié los hechos dijo «que cierto nos maravillamos cómo tuvo fuerzas para sufrir estar tanto tiempo de pie».

Muerto el Emperador, hasta últimos del mes de noviembre estuvieron en Cuacos D. Luis Quijada y su esposa y pupilo.

«Porque todo este tiempo—relata en su deliciosa obra *Jeromín* el P. Luis Coloma—le fué necesario para el pesado trabajo de levantar la Casa del Emperador, hacer inventario, despedir servidumbres, ajustar cuentas y pagar deudas» (13).

Doña Magdalena visitó con Jeromín—en el tiempo a que nos estamos refiriendo, o sea después del óbito de Carlos V—el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe.

Cuando D. Luis Quijada hubo considerado que su misión había terminado en Cuacos y Yuste, tornó con D.^a Magdalena, Jeromín y sus criados a Villagarcía, donde esperó las disposiciones del rey Felipe II sobre su hermano.

Pero Jeromín no da el último adiós a Extremadura. El tierno pajecillo de Yuste se trueca en D. Juan de Austria. El Rey Prudente, «campeón de la fe», le concede altos mandos militares. Don Juan de Austria, después de derrochar valor en grado sumo—haciendo honor a su estirpe, a su regia progenitura—, pasa a la inmortalidad, venciendo a los enemigos de la religión cristiana en Lepanto (1571), «en la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros», volviendo a Guadalupe—como bellamente expone el escritor cacereño Blázquez Marcos—«y humilde y devoto, ha rendido su hazañoso prestigio a los pies de la Señora, y ha dejado en su camarín la recia y graciosa filigrana de esa farola que acaba de arrancar a la nave capitana de los turcos, para que envuelva el divino rostro con la lumbre perenne del heroísmo hispano...» (14).

EL TEMPLO, LA CASA Y LA TUMBA

«El que había sido el más poderoso príncipe del mundo durante medio siglo» (15), que fué nueve veces a Alemania, seis a España, siete a Italia, diez a los Países Bajos, cuatro a Francia, doce a Inglaterra y Africa del Norte, que hizo ocho cruceros por el Mediterráneo y tres viajes por el Océano, quiso—como ha

(13) P. Luis Coloma, S. J.: *Jeromín*. (Estudios históricos sobre el siglo XVI.) *Colección Austral*. Espasa Calpe. 1944. Libro I. XII. Pág. 56.

(14) José Blázquez Marcos: Ob. citada. Pág. 169.

(15) Pedro Aguado Bleye: *Manual de Historia de España*. II. Reyes Católicos. Casa de Austria (1474-1700). Espasa Calpe. 1954. Pág. 481.

escrito el profesor Martín González—«juntar el templo, la casa y la tumba: he aquí la mayor ambición de Carlos V en sus posteriores años. Después vendría El Escorial, y lo que en Yuste fué modesto y pequeño, en el gran monumento herreriano será espléndido y grandioso» (16).

AIRE DEL SIGLO XVI ESPAÑOL

De Yuste afirmó Unamuno—peregrino de la historia y de Yuste—: «En aquellas fragosidades pedregosas donde se dan los más dulces frutos, donde el tomillo y la jara aroman a los berruecos, donde parece que el campo es música de armonio monacal y que pasa sobre los pliegues de la sierra, alas al suelo, el canto solemne y litúrgico de los salmos penitenciales, se respira aire del siglo xvi español. Difícil sería encontrar en España un paisaje más castizamente español y español quincenista. Oscuros pensamientos de eternidad parecen brotar de la tierra...» (17).

TODO EN YUSTE RECUERDA A QUIEN TANTA GLORIA DIÓ A ESTOS PARAJES

Todo en Yuste recuerda a quien tanta gloria dió a estos parajes. Sobre la tapia de la huerta de los frailes se contempla el magnífico escudo imperial obra de fray Juan de Avila. «Es esta obra de mérito—concreta Sánchez Loro—digna de memoria. Águilas de dos cabezas abrazan el escudo encerrado entre las columnas de Hércules, con el mote de «Plus Ultra». En los cuarteles del escudo, se hallaban las armas de los principales reinos y señoríos del César: leones, castillos, barras, cadenas, águilas de Sicilia y la cruz de Nápoles, representan a España; la faja de Austria, las lises del Artois, el león de Brabante y las bandas de Borgoña, simbolizan los demás estados. Encaja el escudo en un rectángulo; termina en un frontón triangular, con flameros y re-

(16) Juan José Martín González: *El palacio de Carlos V en Yuste*. Epílogo de este estudio.

(17) Miguel de Unamuno: *Andanzas y visiones españolas*. En Yuste. Salamanca. Noviembre 1920. Publicado en la *Colección Austral*. Espasa Calpe. 1940. Página 225.

mates. En el tímpano, sentada, campea una linda imagen de San Jerónimo. Sobre el escudete, aparece el león de Flandes y el Tirol. La corona real descansa en el blasón; la imperial, sobre las cabezas de águila. Rodean el escudo los eslabones del Toisón de Oro con el borrego pendiente y, debajo, una granada, al estilo de los Reyes Católicos» (18). En el escudo se lee esta inscripción:

«En esta santa casa de San Jerónimo se retiró a acabar su vida el que toda la gastó en defensa de la fe y conservación de la justicia, Carlos V, Emperador, Rey de las Españas, Cristianísimo, Invictísimo. Murió a 21 de septiembre de 1558.»

SÍNTESIS AJUSTADA

Si tuviésemos que resumir cuanto hemos expuesto en este trabajo monográfico, tal vez ningunas palabras más ajustadas que las de Dosé Opizek en su obra *El mundo en color*:

«La Vera no tiene más que suavidad, frescor y quietud. El valle del Tiétar es florido como un jardín. Sus cimas están tapizadas por espesos líquenes plateados, las encinas se agrupan en las pendientes surcadas por pequeños torrentes escandalosos llamados garganta; en la parte baja madura el trigo, la cebada y también el naranjo. «Esto es la primavera, la eterna primavera», exclamó Carlos V la primera vez que visitó esta región. Allí debía retirarse y morir, en el Monasterio de San Jerónimo, en donde hizo reproducir las habitaciones de su palacio de Gante. Saqueado durante la Guerra de la Independencia, el convento fué restaurado. Se puede ver la rampa que el Rey subía a caballo; la fuente que le servía de estribo; la cocina con su inmensa chimenea, cuya campana cobijaba a sus sesenta criados, y el primer ataúd en el que descansó durante dieciséis años. El olor del tibio boj sube por el claustro; en los alrededores se expansionan las adelfas, los granados, y se comprende que el hombre más poderoso de su siglo escogiera este último refugio» (19).

(18) Domingo Sánchez Loro: *La inquietud postrimera de Carlos V*. (Tránsito ejemplar desde la fastuosidad cortesana de Bruselas al retiro monacal de Yuste.) Publicaciones del Movimiento. Cáceres, 1957. Págs. 404 y 405.

(19) Dosé Opizek: *El mundo en color*. España. Ediciones Castilla. Madrid, 1953.

RUINAS VENERANDAS QUE EXTREMADURA DESEA LEVANTAR

Como quiera que el apacible rincón del augusto Emperador, el Monasterio y su palacio yacían abandonados—sólo quedaban restos de los claustros plateresco y gótico y del templo también de este estilo y de la casa—, Extremadura ardía en deseos de levantar sus ruinas venerandas. A la petición de las autoridades cacereñas acudió solícitamente el Estado a través del Ministerio de Educación Nacional, concretamente la Dirección General de Bellas Artes, consagrada a la eficaz conservación de los edificios notables, restañando las heridas que el tiempo y la incuria infieren a los monumentos nacionales. Con satisfacción consignamos que se está llevando a efecto la restauración de lo que constituye un inapreciable tesoro histórico y artístico extremeño.

La última estancia del que fué ardoroso defensor de la fe católica, del ariete del protestantismo, del salvador de Europa, el monumento arquitectónico que recogió sus últimos hálitos, por empeño y solicitud de los regidores cacereños y por decisión de las autoridades ministeriales con la protección que le vienen dispensando, el relicario de la raza va camino de recobrar su primitiva faz, su fisonomía originaria, para ser permanente recuerdo de la época de la grandeza nacional y espejo de las futuras generaciones.

Se abriga el propósito de que pueda honrarse a esta figura universal con los honores, con la solemnidad que le corresponde, en el propio Monasterio de Yuste, totalmente reconstruído en la efemérides del cuarto centenario de su tránsito, que se cumplirá exactamente el día 21 de septiembre de 1958.

A esto aspira la vieja Extremadura: a enaltecer al genial político, a la espada invencible que eligió su frondoso paraje para terminar su existencia, henchida de servicios y gloria para su religión y para su Patria.

EL IV CENTENARIO DEL CÉSAR DE LA CRISTIANDAD

España se dispone a honrar dignamente en el IV Centenario de su fallecimiento al César de la Cristiandad, habiéndose cons-

tituido el Patronato que canalizará los anhelos patrióticos en torno a la exaltación de la universal figura, que «personifica la gran transformación religiosa, política, social, militar, científica, artística que en su tiempo el mundo experimentó». (Eduardo Pérez Agudo.)

«El 21 de septiembre de 1958—consta en el preámbulo del Decreto de constitución del Patronato—se cumplirán los cuatro siglos de la muerte, en el Monasterio de Yuste, de una de las más altas figuras de la historia, el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, campeón de un ideal de unidad europea y cristiana, que hoy vuelve a actualizar su inmutable valor político. Fecha tan señalada no puede transcurrir sin una adecuada conmemoración en España; aquí tuvo el Emperador el sostén más seguro de su política y, finalmente, su lugar de retiro y de descanso mortal. Honrando a Carlos I, España honra a la vez la época más gloriosa de su historia y revive una empresa llena de grandeza y generosidad, a la que aquél siempre estuvo dispuesto a sacrificar sus reinos, sus amigos, su sangre, su vida y su alma.

El Emperador estimaba a España como «huerto de sus placeres, fortaleza para defensa, fuerza para ofender, tesoro y espadas suyos». Todas estas vinculaciones son otros tantos motivos que obligan al Gobierno y a la Nación con la memoria de Carlos I, que incitan a dar a su Centenario un carácter solemne y ejemplar» (20).

ACTIVA PARTICIPACIÓN DE LA PROVINCIA DE CÁCERES.

LOS CABALLEROS DE YUSTE

En esta conmemoración la provincia de Cáceres—«por el hecho de estar ubicado en nuestra geografía provincial el rincón sereno donde el César esperó la hora postrera de la máxima justicia»—ha de tener una participación activa y operante, en una intensa y viva contribución al amplio programa que ha de orga-

(20) Decreto de 23 de agosto de 1957 por el que se constituye un Patronato encargado de organizar la conmemoración del IV Centenario de la muerte del Emperador Carlos I de España y V de Alemania. Ministerio de Educación Nacional. *B. O. del E.* núm. 239.

nizarse. Es esta ocasión oportuna para testimoniar los deseos de las autoridades, entidades y organismos cacereños para el mejor recuerdo de Carlos de Yuste. A esta notabilísima contribución hemos de agregar que el impacto producido por el llamamiento que ha dirigido el Presidente de la Asociación de Caballeros de Yuste—al exponer la razón de su existencia—«a cuantos sientan el estremecimiento del valor histórico y trascendental de su tierra y cuantos aman la figura gigante de Carlos I» (21), va a tener un espíritu tenso, pleno de las más ideales y nobles inquietudes a todos los hijos de Extremadura—símbolo de la hidalguía y gratitud—, en cuyos pechos arde el patriotismo y fervor admirativo por el más excelso de los Emperadores—«el primero y último Emperador europeo-americano en juicio del venerable maestro D. Ramón Menéndez Pidal»—, que universalizó estos lugares al hacerlos objeto de su predilección para, una vez despachados sus negocios terrenos, prepararse a despacharlos con Dios y morir cristianamente y bien en el seno de la religión que había defendido ardorosamente en su preciada existencia.

EL REY CÉSAR CARLOS MURIÓ EN YUSTE
PARA PREMIAR LAS VIRTUDES DEL PUEBLO EXTREMEÑO

«El Rey César Carlos quiso morir en Yuste, en la región de Extremadura, para premiar, sin duda, con su último aliento las virtudes de un pueblo como el extremeño, que con la humildad de su condición cristiana y su grandeza de espíritu supo llevar la civilización occidental y católica, poniendo a España en la cumbre de la historia universal», tales son las palabras del pedagogo D. Manuel García Izquierdo con las que ponemos el mejor colofón a este breve estudio.

VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS

(21) José Antonio García-Calderón: «Los Caballeros de Yuste. Razón de ser de una Asociación». *Extremadura*, núm. 10.880, correspondiente al día 6 de septiembre de 1957.